



**San José, Patrono de la Iglesia universal  
Modelo para los Seminarios**



**Carta apostólica *Patris corde*  
del Santo Padre Francisco  
con motivo del 150 aniversario de la declaración  
de San José como patrono de la Iglesia universal**

Con corazón de padre: así José amó a Jesús, llamado en los cuatro Evangelios «*el hijo de José*» [1]. Los dos evangelistas que evidenciaron su figura, Mateo y Lucas, refieren poco, pero lo suficiente para entender qué tipo de padre fuese y la misión que la Providencia le confió. Sabemos que fue un humilde carpintero (cf. *Mt* 13,55), desposado con María (cf. *Mt* 1,18; *Lc* 1,27); un «hombre justo» (*Mt* 1,19), siempre dispuesto a hacer la voluntad de Dios manifestada en su ley (cf. *Lc* 2,22.27.39) y a través de los cuatro sueños que tuvo (cf. *Mt* 1,20; 2,13.19.22). Después de un largo y duro viaje de Nazaret a Belén, vio nacer al Mesías en un pesebre, porque en otro sitio «no había lugar para ellos» (*Lc* 2,7). Fue testigo de la adoración de los pastores (cf. *Lc* 2,8-20) y de los Magos (cf. *Mt* 2,1-12), que representaban respectivamente el pueblo de Israel y los pueblos paganos.

Tuvo la valentía de asumir la paternidad legal de Jesús, a quien dio el nombre que le reveló el ángel: «Tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados» (*Mt* 1,21). Como se sabe, en los pueblos antiguos poner un nombre a una persona o a una cosa significaba adquirir la pertenencia, como hizo Adán en el relato del Génesis (cf. 2,19-20).

En el templo, cuarenta días después del nacimiento, José, junto a la madre, presentó el Niño al Señor y escuchó sorprendido la profecía que Simeón pronunció sobre Jesús y María (cf. *Lc* 2,22-35). Para proteger a Jesús de Herodes, permaneció en Egipto como extranjero (cf. *Mt* 2,13-18). De regreso en su tierra, vivió de manera oculta en el pequeño y desconocido pueblo de Nazaret, en Galilea -de donde, se decía: “No sale ningún profeta” y “no puede salir nada bueno” (cf. *Jn* 7,52; 1,46)-, lejos de Belén, su ciudad de origen, y de Jerusalén, donde estaba el templo. Cuando, durante una peregrinación a Jerusalén, perdieron a Jesús, que tenía doce años, él

y María lo buscaron angustiados y lo encontraron en el templo mientras discutía con los doctores de la ley (cf. *Lc* 2,41-50).

Después de María, Madre de Dios, ningún santo ocupa tanto espacio en el Magisterio pontificio como José, su esposo. Mis predecesores han profundizado en el mensaje contenido en los pocos datos transmitidos por los Evangelios para destacar su papel central en la historia de la salvación: el beato Pío IX lo declaró «Patrono de la Iglesia Católica» [2], el venerable Pío XII lo presentó como “Patrono de los trabajadores” [3] y san Juan Pablo II como «Custodio del Redentor» [4]. El pueblo lo invoca como «Patrono de la buena muerte» [5].

Por eso, al cumplirse ciento cincuenta años de que el beato Pío IX, el 8 de diciembre de 1870, lo declarara como *Patrono de la Iglesia Católica*, quisiera -como dice Jesús- que “la boca hable de aquello de lo que está lleno el corazón” (cf. *Mt* 12,34), para compartir con ustedes algunas reflexiones personales sobre esta figura extraordinaria, tan cercana a nuestra condición humana. Este deseo ha crecido durante estos meses de pandemia, en los que podemos experimentar, en medio de la crisis que nos está golpeando, que «nuestras vidas están tejidas y sostenidas por personas comunes -corrientemente olvidadas- que no aparecen en portadas de diarios y de revistas, ni en las grandes pasarelas del último *show* pero, sin lugar a dudas, están escribiendo hoy los acontecimientos decisivos de nuestra historia: médicos, enfermeros y enfermeras, encargados de reponer los productos en los supermercados, limpiadoras, cuidadoras, transportistas, fuerzas de seguridad, voluntarios, sacerdotes, religiosas y tantos pero tantos otros que comprendieron que nadie se salva solo. [...] Cuánta gente cada día demuestra paciencia e infunde esperanza, cuidándose de no sembrar pánico sino corresponsabilidad. Cuántos padres, madres, abuelos y abuelas, docentes muestran a nuestros niños, con gestos pequeños y cotidianos, cómo enfrentar y transitar una crisis readaptando rutinas, levantando miradas e impulsando la oración. Cuántas personas rezan, ofrecen e interceden por el bien de todos» [6]. Todos pueden encontrar en san José -el hombre que pasa desapercibido, el hombre de la presencia diaria, discreta y oculta- un intercesor, un apoyo y una guía en tiempos de dificultad. San José nos recuerda que todos los que están aparentemente ocultos o en “segunda

línea” tienen un protagonismo sin igual en la historia de la salvación. A todos ellos va dirigida una palabra de reconocimiento y de gratitud.

## 1. *Padre amado*

La grandeza de san José consiste en el hecho de que fue el esposo de María y el padre de Jesús. En cuanto tal, «entró en el servicio de toda la economía de la encarnación», como dice san Juan Crisóstomo [7].

San Pablo VI observa que su paternidad se manifestó concretamente «al haber hecho de su vida un servicio, un sacrificio al misterio de la Encarnación y a la misión redentora que le está unida; al haber utilizado la autoridad legal, que le correspondía en la Sagrada Familia, para hacer de ella un don total de sí mismo, de su vida, de su trabajo; al haber convertido su vocación humana de amor doméstico en la oblación sobrehumana de sí mismo, de su corazón y de toda capacidad en el amor puesto al servicio del Mesías nacido en su casa» [8].

Por su papel en la historia de la salvación, san José es un padre que siempre ha sido amado por el pueblo cristiano, como lo demuestra el hecho de que se le han dedicado numerosas iglesias en todo el mundo; que muchos institutos religiosos, hermandades y grupos eclesiales se inspiran en su espiritualidad y llevan su nombre; y que desde hace siglos se celebran en su honor diversas representaciones sagradas. Muchos santos y santas le tuvieron una gran devoción, entre ellos Teresa de Ávila, quien lo tomó como abogado e intercesor, encomendándose mucho a él y recibiendo todas las gracias que le pedía. Alentada por su experiencia, la santa persuadía a otros para que le fueran devotos [9].

En todos los libros de oraciones se encuentra alguna oración a san José. Invocaciones particulares que le son dirigidas todos los miércoles y especialmente durante todo el mes de marzo, tradicionalmente dedicado a él [10].

La confianza del pueblo en san José se resume en la expresión “*Ite ad Ioseph*”, que hace referencia al tiempo de hambruna en Egipto, cuando la gente le pedía pan al faraón y él les respondía: «Vayan donde José y hagan lo que él les diga» (Gn 41,55). Se trataba de José

el hijo de Jacob, a quien sus hermanos vendieron por envidia (cf. *Gn* 37,11-28) y que -siguiendo el relato bíblico- se convirtió posteriormente en virrey de Egipto (cf. *Gn* 41,41-44).

Como descendiente de David (cf. *Mt* 1,16.20), de cuya raíz debía brotar Jesús según la promesa hecha a David por el profeta Natán (cf. *2 Sam* 7), y como esposo de María de Nazaret, san José es la pieza que une el Antiguo y el Nuevo Testamento.

## ***2. Padre en la ternura***

José vio a Jesús progresar día tras día «en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y los hombres» (*Lc* 2,52). Como hizo el Señor con Israel, así él “le enseñó a caminar, y lo tomaba en sus brazos: era para él como el padre que alza a un niño hasta sus mejillas, y se inclina hacia él para darle de comer” (cf. *Os* 11,3-4).

Jesús vio la ternura de Dios en José: «Como un padre siente ternura por sus hijos, así el Señor siente ternura por quienes lo temen» (*Sal* 103,13).

En la sinagoga, durante la oración de los Salmos, José ciertamente habrá oído el eco de que el Dios de Israel es un Dios de ternura [11], que es bueno para todos y «su ternura alcanza a todas las criaturas» (*Sal* 145,9).

La historia de la salvación se cumple creyendo «contra toda esperanza» (*Rm* 4,18) a través de nuestras debilidades. Muchas veces pensamos que Dios se basa sólo en la parte buena y vencedora de nosotros, cuando en realidad la mayoría de sus designios se realizan a través y a pesar de nuestra debilidad. Esto es lo que hace que san Pablo diga: «Para que no me engría tengo una espina clavada en el cuerpo, un emisario de Satanás que me golpea para que no me engría. Tres veces le he pedido al Señor que la aparte de mí, y él me ha dicho: “¡Te basta mi gracia!, porque mi poder se manifiesta plenamente en la debilidad”» (*2 Co* 12,7-9).

Si ésta es la perspectiva de la economía de la salvación, debemos aprender a aceptar nuestra debilidad con intensa ternura [12].

El Maligno nos hace mirar nuestra fragilidad con un juicio negativo, mientras que el Espíritu la saca a la luz con ternura. La

ternura es el mejor modo para tocar lo que es frágil en nosotros. El dedo que señala y el juicio que hacemos de los demás son a menudo un signo de nuestra incapacidad para aceptar nuestra propia debilidad, nuestra propia fragilidad. Sólo la ternura nos salvará de la obra del Acusador (cf. *Ap* 12,10). Por esta razón es importante encontrarnos con la Misericordia de Dios, especialmente en el sacramento de la Reconciliación, teniendo una experiencia de verdad y ternura. Paradójicamente, incluso el Maligno puede decirnos la verdad, pero, si lo hace, es para condenarnos. Sabemos, sin embargo, que la Verdad que viene de Dios no nos condena, sino que nos acoge, nos abraza, nos sostiene, nos perdona. La Verdad siempre se nos presenta como el Padre misericordioso de la parábola (cf. *Lc* 15,11-32): viene a nuestro encuentro, nos devuelve la dignidad, nos pone nuevamente de pie, celebra con nosotros, porque «mi hijo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado» (v. 24).

También a través de la angustia de José pasa la voluntad de Dios, su historia, su proyecto. Así, José nos enseña que tener fe en Dios incluye además creer que Él puede actuar incluso a través de nuestros miedos, de nuestras fragilidades, de nuestra debilidad. Y nos enseña que, en medio de las tormentas de la vida, no debemos tener miedo de ceder a Dios el timón de nuestra barca. A veces, nosotros quisiéramos tener todo bajo control, pero Él tiene siempre una mirada más amplia.

### ***3. Padre en la obediencia***

Así como Dios hizo con María cuando le manifestó su plan de salvación, también a José le reveló sus designios y lo hizo a través de sueños que, en la Biblia, como en todos los pueblos antiguos, eran considerados uno de los medios por los que Dios manifestaba su voluntad [13].

José estaba muy angustiado por el embarazo incomprensible de María; no quería «denunciarla públicamente» [14], pero decidió «romper su compromiso en secreto» (*Mt* 1,19). En el primer sueño el ángel lo ayudó a resolver su grave dilema: «No temas aceptar a María, tu mujer, porque lo engendrado en ella proviene del Espíritu Santo.

Dará a luz un hijo, y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados» (*Mt* 1,20-21). Su respuesta fue inmediata: «Cuando José despertó del sueño, hizo lo que el ángel del Señor le había mandado» (*Mt* 1,24). Con la obediencia superó su drama y salvó a María.

En el segundo sueño el ángel ordenó a José: «Levántate, toma contigo al niño y a su madre, y huye a Egipto; quédate allí hasta que te diga, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo» (*Mt* 2,13). José no dudó en obedecer, sin cuestionarse acerca de las dificultades que podía encontrar: «Se levantó, tomó de noche al niño y a su madre, y se fue a Egipto, donde estuvo hasta la muerte de Herodes» (*Mt* 2,14-15).

En Egipto, José esperó con confianza y paciencia el aviso prometido por el ángel para regresar a su país. Y cuando en un tercer sueño el mensajero divino, después de haberle informado que los que intentaban matar al niño habían muerto, le ordenó que se levantara, que tomase consigo al niño y a su madre y que volviera a la tierra de Israel (cf. *Mt* 2,19-20), él una vez más obedeció sin vacilar: «Se levantó, tomó al niño y a su madre y entró en la tierra de Israel» (*Mt* 2,21).

Pero durante el viaje de regreso, «al enterarse de que Arquelao reinaba en Judea en lugar de su padre Herodes, tuvo miedo de ir allí y, avisado en sueños -y es la cuarta vez que sucedió-, se retiró a la región de Galilea y se fue a vivir a un pueblo llamado Nazaret» (*Mt* 2,22-23).

El evangelista Lucas, por su parte, relató que José afrontó el largo e incómodo viaje de Nazaret a Belén, según la ley del censo del emperador César Augusto, para empadronarse en su ciudad de origen. Y fue precisamente en esta circunstancia que Jesús nació y fue asentado en el censo del Imperio, como todos los demás niños (cf. *Lc* 2,1-7).

San Lucas, en particular, se preocupó de resaltar que los padres de Jesús observaban todas las prescripciones de la ley: los ritos de la circuncisión de Jesús, de la purificación de María después del parto, de la presentación del primogénito a Dios (cf. 2,21-24) [15].

En cada circunstancia de su vida, José supo pronunciar su “*fiat*”, como María en la Anunciación y Jesús en Getsemaní.



José, en su papel de cabeza de familia, enseñó a Jesús a ser sumiso a sus padres, según el mandamiento de Dios (cf. *Ex* 20,12).

En la vida oculta de Nazaret, bajo la guía de José, Jesús aprendió a hacer la voluntad del Padre. Dicha voluntad se transformó en su alimento diario (cf. *Jn* 4,34). Incluso en el momento más difícil de su vida, que fue en Getsemaní, prefirió hacer la voluntad del Padre y no la suya propia [16] y se hizo «obediente hasta la muerte [...] de cruz» (*Flp* 2,8). Por ello, el autor de la Carta a los Hebreos concluye que Jesús «aprendió sufriendo a obedecer» (5,8).

Todos estos acontecimientos muestran que José «ha sido llamado por Dios para servir directamente a la persona y a la misión de Jesús mediante el ejercicio de su paternidad; de este modo él coopera en la plenitud de los tiempos en el gran misterio de la redención y es verdaderamente “ministro de la salvación”» [17].

#### **4. Padre en la acogida**

José acogió a María sin poner condiciones previas. Confió en las palabras del ángel. «La nobleza de su corazón le hace supeditar a la caridad lo aprendido por ley; y hoy, en este mundo donde la violencia psicológica, verbal y física sobre la mujer es patente, José se presenta como figura de varón respetuoso, delicado que, aun no teniendo toda la información, se decide por la fama, dignidad y vida de María. Y, en su duda de cómo hacer lo mejor, Dios lo ayudó a optar iluminando su juicio» [18].

Muchas veces ocurren hechos en nuestra vida cuyo significado no entendemos. Nuestra primera reacción es a menudo de decepción y rebelión. José deja de lado sus razonamientos para dar paso a lo que acontece y, por más misterioso que le parezca, lo acoge, asume la responsabilidad y se reconcilia con su propia historia. Si no nos reconciamos con nuestra historia, ni siquiera podremos dar el paso siguiente, porque siempre seremos prisioneros de nuestras expectativas y de las consiguientes decepciones.

La vida espiritual de José no nos muestra una vía que *explica*, sino una vía que *acoge*. Sólo a partir de esta acogida, de esta reconciliación, podemos también intuir una historia más grande, un

significado más profundo. Parecen hacerse eco las ardientes palabras de Job que, ante la invitación de su esposa a rebelarse contra todo el mal que le sucedía, respondió: «Si aceptamos de Dios los bienes, ¿no vamos a aceptar los males?» (*Jb* 2,10).

José no es un hombre que se resigna pasivamente. Es un protagonista valiente y fuerte. La acogida es un modo por el que se manifiesta en nuestra vida el don de la fortaleza que nos viene del Espíritu Santo. Sólo el Señor puede darnos la fuerza para acoger la vida tal como es, para hacer sitio incluso a esa parte contradictoria, inesperada y decepcionante de la existencia.

La venida de Jesús en medio de nosotros es un regalo del Padre, para que cada uno pueda reconciliarse con la carne de su propia historia, aunque no la comprenda del todo.

Como Dios dijo a nuestro santo: «José, hijo de David, no temas» (*Mt* 1,20), parece repetirnos también a nosotros: “¡No tengan miedo!”. Tenemos que dejar de lado nuestra ira y decepción, y hacer espacio - sin ninguna resignación mundana y con una fortaleza llena de esperanza- a lo que no hemos elegido, pero está allí. Acoger la vida de esta manera nos introduce en un significado oculto. La vida de cada uno de nosotros puede comenzar de nuevo milagrosamente, si encontramos la valentía para vivirla según lo que nos dice el Evangelio. Y no importa si ahora todo parece haber tomado un rumbo equivocado y si algunas cuestiones son irreversibles. Dios puede hacer que las flores broten entre las rocas. Aun cuando nuestra conciencia nos reprocha algo, Él «es más grande que nuestra conciencia y lo sabe todo» (*1 Jn* 3,20).

El realismo cristiano, que no rechaza nada de lo que existe, vuelve una vez más. La realidad, en su misteriosa irreductibilidad y complejidad, es portadora de un sentido de la existencia con sus luces y sombras. Esto hace que el apóstol Pablo afirme: «Sabemos que todo contribuye al bien de quienes aman a Dios» (*Rm* 8,28). Y san Agustín añade: «Aun lo que llamamos mal (*etiam illud quod malum dicitur*)» [19]. En esta perspectiva general, la fe da sentido a cada acontecimiento feliz o triste.

Entonces, lejos de nosotros el pensar que creer significa encontrar soluciones fáciles que consuelen. La fe que Cristo nos enseñó es, en cambio, la que vemos en san José, que no buscó atajos,

sino que afrontó “con los ojos abiertos” lo que le acontecía, asumiendo la responsabilidad en primera persona.

La acogida de José nos invita a acoger a los demás, sin exclusiones, tal como son, con preferencia por los débiles, porque Dios elige lo que es débil (cf. *1 Co* 1,27), es «padre de los huérfanos y defensor de las viudas» (*Sal* 68,6) y nos ordena amar al extranjero [20]. Deseo imaginar que Jesús tomó de las actitudes de José el ejemplo para la parábola del hijo pródigo y el padre misericordioso (cf. *Lc* 15,11-32).

## **5. Padre de la valentía creativa**

Si la primera etapa de toda verdadera curación interior es acoger la propia historia, es decir, hacer espacio dentro de nosotros mismos incluso para lo que no hemos elegido en nuestra vida, necesitamos añadir otra característica importante: la valentía creativa. Esta surge especialmente cuando encontramos dificultades. De hecho, cuando nos enfrentamos a un problema podemos detenernos y bajar los brazos, o podemos ingeniárnoslas de alguna manera. A veces las dificultades son precisamente las que sacan a relucir recursos en cada uno de nosotros que ni siquiera pensábamos tener.

Muchas veces, leyendo los “Evangelios de la infancia”, nos preguntamos por qué Dios no intervino directa y claramente. Pero Dios actúa a través de eventos y personas. José era el hombre por medio del cual Dios se ocupó de los comienzos de la historia de la redención. Él era el verdadero “milagro” con el que Dios salvó al Niño y a su madre. El cielo intervino confiando en la valentía creadora de este hombre, que cuando llegó a Belén y no encontró un lugar donde María pudiera dar a luz, se instaló en un establo y lo arregló hasta convertirlo en un lugar lo más acogedor posible para el Hijo de Dios que venía al mundo (cf. *Lc* 2,6-7). Ante el peligro inminente de Herodes, que quería matar al Niño, José fue alertado una vez más en un sueño para protegerlo, y en medio de la noche organizó la huida a Egipto (cf. *Mt* 2,13-14).

De una lectura superficial de estos relatos se tiene siempre la impresión de que el mundo esté a merced de los fuertes y de los

poderosos, pero la “buena noticia” del Evangelio consiste en mostrar cómo, a pesar de la arrogancia y la violencia de los gobernantes terrenales, Dios siempre encuentra un camino para cumplir su plan de salvación. Incluso nuestra vida parece a veces que está en manos de fuerzas superiores, pero el Evangelio nos dice que Dios siempre logra salvar lo que es importante, con la condición de que tengamos la misma valentía creativa del carpintero de Nazaret, que sabía transformar un problema en una oportunidad, anteponiendo siempre la confianza en la Providencia.

Si a veces pareciera que Dios no nos ayuda, no significa que nos haya abandonado, sino que confía en nosotros, en lo que podemos planear, inventar, encontrar.

Es la misma valentía creativa que mostraron los amigos del paralítico que, para presentarlo a Jesús, lo bajaron del techo (cf. *Lc* 5,17-26). La dificultad no detuvo la audacia y la obstinación de esos amigos. Ellos estaban convencidos de que Jesús podía curar al enfermo y «como no pudieron introducirlo por causa de la multitud, subieron a lo alto de la casa y lo hicieron bajar en la camilla a través de las tejas, y lo colocaron en medio de la gente frente a Jesús. Jesús, al ver la fe de ellos, le dijo al paralítico: “¡Hombre, tus pecados quedan perdonados!”» (vv. 19-20). Jesús reconoció la fe creativa con la que esos hombres trataron de traerle a su amigo enfermo.

El Evangelio no da ninguna información sobre el tiempo en que María, José y el Niño permanecieron en Egipto. Sin embargo, lo que es cierto es que habrán tenido necesidad de comer, de encontrar una casa, un trabajo. No hace falta mucha imaginación para llenar el silencio del Evangelio a este respecto. La Sagrada Familia tuvo que afrontar problemas concretos como todas las demás familias, como muchos de nuestros hermanos y hermanas migrantes que incluso hoy arriesgan sus vidas forzados por las adversidades y el hambre. A este respecto, creo que san José sea realmente un santo patrono especial para todos aquellos que tienen que dejar su tierra a causa de la guerra, el odio, la persecución y la miseria.

Al final de cada relato en el que José es el protagonista, el Evangelio señala que él se levantó, tomó al Niño y a su madre e hizo lo que Dios le había mandado (cf. *Mt* 1,24; 2,14.21). De hecho, Jesús y María, su madre, son el tesoro máspreciado de nuestra fe [21].

En el plan de salvación no se puede separar al Hijo de la Madre, de aquella que «avanzó en la peregrinación de la fe y mantuvo fielmente su unión con su Hijo hasta la cruz» [22].

Debemos preguntarnos siempre si estamos protegiendo con todas nuestras fuerzas a Jesús y María, que están misteriosamente confiados a nuestra responsabilidad, a nuestro cuidado, a nuestra custodia. El Hijo del Todopoderoso viene al mundo asumiendo una condición de gran debilidad. Necesita de José para ser defendido, protegido, cuidado, criado. Dios confía en este hombre, del mismo modo que lo hace María, que encuentra en José no sólo al que quiere salvar su vida, sino al que siempre velará por ella y por el Niño. En este sentido, san José no puede dejar de ser el Custodio de la Iglesia, porque la Iglesia es la extensión del Cuerpo de Cristo en la historia, y al mismo tiempo en la maternidad de la Iglesia se manifiesta la maternidad de María [23]. José, a la vez que continúa protegiendo a la Iglesia, sigue amparando *al Niño y a su madre*, y nosotros también, amando a la Iglesia, continuamos amando *al Niño y a su madre*.

Este Niño es el que dirá: «Les aseguro que siempre que ustedes lo hicieron con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicieron» (*Mt 25,40*). Así, cada persona necesitada, cada pobre, cada persona que sufre, cada moribundo, cada extranjero, cada prisionero, cada enfermo son “el Niño” que José sigue custodiando. Por eso se invoca a san José como protector de los indigentes, los necesitados, los exiliados, los afligidos, los pobres, los moribundos. Y es por lo mismo que la Iglesia no puede dejar de amar a los más pequeños, porque Jesús ha puesto en ellos su preferencia, se identifica personalmente con ellos. De José debemos aprender el mismo cuidado y responsabilidad: amar al Niño y a su madre; amar los sacramentos y la caridad; amar a la Iglesia y a los pobres. En cada una de estas realidades está siempre *el Niño y su madre*.

## **6. Padre trabajador**

Un aspecto que caracteriza a san José y que se ha destacado desde la época de la primera Encíclica social, la *Rerum novarum* de León XIII, es su relación con el trabajo. San José era un carpintero

que trabajaba honestamente para asegurar el sustento de su familia. De él, Jesús aprendió el valor, la dignidad y la alegría de lo que significa comer el pan que es fruto del propio trabajo.

En nuestra época actual, en la que el trabajo parece haber vuelto a representar una urgente cuestión social y el desempleo alcanza a veces niveles impresionantes, aun en aquellas naciones en las que durante décadas se ha experimentado un cierto bienestar, es necesario, con una conciencia renovada, comprender el significado del trabajo que da dignidad y del que nuestro santo es un patrono ejemplar.

El trabajo se convierte en participación en la obra misma de la salvación, en oportunidad para acelerar el advenimiento del Reino, para desarrollar las propias potencialidades y cualidades, poniéndolas al servicio de la sociedad y de la comunión. El trabajo se convierte en ocasión de realización no sólo para uno mismo, sino sobre todo para ese núcleo original de la sociedad que es la familia. Una familia que carece de trabajo está más expuesta a dificultades, tensiones, fracturas e incluso a la desesperada y desesperante tentación de la disolución. ¿Cómo podríamos hablar de dignidad humana sin comprometernos para que todos y cada uno tengan la posibilidad de un sustento digno?

La persona que trabaja, cualquiera que sea su tarea, colabora con Dios mismo, se convierte un poco en creador del mundo que nos rodea. La crisis de nuestro tiempo, que es una crisis económica, social, cultural y espiritual, puede representar para todos una llamada a redescubrir el significado, la importancia y la necesidad del trabajo para dar lugar a una nueva “normalidad” en la que nadie quede excluido. La obra de san José nos recuerda que el mismo Dios hecho hombre no desdeñó el trabajo. La pérdida de trabajo que afecta a tantos hermanos y hermanas, y que ha aumentado en los últimos tiempos debido a la pandemia de Covid-19, debe ser una llamada a revisar nuestras prioridades. Imploramos a san José obrero para que encontremos caminos que nos lleven a decir: ¡Ningún joven, ninguna persona, ninguna familia sin trabajo!

## 7. *Padre en la sombra*

El escritor polaco Jan Dobraczyński, en su libro *La sombra del Padre* [24], noveló la vida de san José. Con la imagen evocadora de la sombra define la figura de José, que para Jesús es la sombra del Padre celestial en la tierra: lo auxilia, lo protege, no se aparta jamás de su lado para seguir sus pasos. Pensemos en aquello que Moisés recuerda a Israel: «En el desierto, donde viste cómo el Señor, tu Dios, te cuidaba como un padre cuida a su hijo durante todo el camino» (*Dt* 1,31). Así José ejercitó la paternidad durante toda su vida [25].

Nadie nace padre, sino que se hace. Y no se hace sólo por traer un hijo al mundo, sino por hacerse cargo de él responsablemente. Todas las veces que alguien asume la responsabilidad de la vida de otro, en cierto sentido ejercita la paternidad respecto a él.

En la sociedad de nuestro tiempo, los niños a menudo parecen no tener padre. También la Iglesia de hoy en día necesita padres. La amonestación dirigida por san Pablo a los Corintios es siempre oportuna: «Podrán tener diez mil instructores, pero padres no tienen muchos» (*1 Co* 4,15); y cada sacerdote u obispo debería poder decir como el Apóstol: «Fui yo quien los engendré para Cristo al anunciarles el Evangelio» (*ibíd.*). Y a los Gálatas les dice: «Hijos míos, por quienes de nuevo sufro dolores de parto hasta que Cristo sea formado en ustedes» (4,19).

Ser padre significa introducir al niño en la experiencia de la vida, en la realidad. No para retenerlo, no para encarcelarlo, no para poseerlo, sino para hacerlo capaz de elegir, de ser libre, de salir. Quizás por esta razón la tradición también le ha puesto a José, junto al apelativo de padre, el de “castísimo”. No es una indicación meramente afectiva, sino la síntesis de una actitud que expresa lo contrario a poseer. La castidad está en ser libres del afán de poseer en todos los ámbitos de la vida. Sólo cuando un amor es casto es un verdadero amor. El amor que quiere poseer, al final, siempre se vuelve peligroso, aprisiona, sofoca, hace infeliz. Dios mismo amó al hombre con amor casto, dejándolo libre incluso para equivocarse y ponerse en contra suya. La lógica del amor es siempre una lógica de libertad, y José fue capaz de amar de una manera extraordinariamente libre.

Nunca se puso en el centro. Supo cómo descentrarse, para poner a María y a Jesús en el centro de su vida.

La felicidad de José no está en la lógica del auto-sacrificio, sino en el don de sí mismo. Nunca se percibe en este hombre la frustración, sino sólo la confianza. Su silencio persistente no contempla quejas, sino gestos concretos de confianza. El mundo necesita padres, rechaza a los amos, es decir: rechaza a los que quieren usar la posesión del otro para llenar su propio vacío; rehúsa a los que confunden autoridad con autoritarismo, servicio con servilismo, confrontación con opresión, caridad con asistencialismo, fuerza con destrucción. Toda vocación verdadera nace del don de sí mismo, que es la maduración del simple sacrificio. También en el sacerdocio y la vida consagrada se requiere este tipo de madurez. Cuando una vocación, ya sea en la vida matrimonial, célibe o virginal, no alcanza la madurez de la entrega de sí misma deteniéndose sólo en la lógica del sacrificio, entonces en lugar de convertirse en signo de la belleza y la alegría del amor corre el riesgo de expresar infelicidad, tristeza y frustración.

La paternidad que rehúsa la tentación de vivir la vida de los hijos está siempre abierta a nuevos espacios. Cada niño lleva siempre consigo un misterio, algo inédito que sólo puede ser revelado con la ayuda de un padre que respete su libertad. Un padre que es consciente de que completa su acción educativa y de que vive plenamente su paternidad sólo cuando se ha hecho “inútil”, cuando ve que el hijo ha logrado ser autónomo y camina solo por los senderos de la vida, cuando se pone en la situación de José, que siempre supo que el Niño no era suyo, sino que simplemente había sido confiado a su cuidado. Después de todo, eso es lo que Jesús sugiere cuando dice: «No llamen “padre” a ninguno de ustedes en la tierra, pues uno solo es su Padre, el del cielo» (*Mt 23,9*).

Siempre que nos encontremos en la condición de ejercer la paternidad, debemos recordar que nunca es un ejercicio de posesión, sino un “signo” que nos evoca una paternidad superior. En cierto sentido, todos nos encontramos en la condición de José: sombra del único Padre celestial, que «hace salir el sol sobre malos y buenos y manda la lluvia sobre justos e injustos» (*Mt 5,45*); y sombra que sigue al Hijo.



«Levántate, toma contigo al niño y a su madre» (*Mt* 2,13), dijo Dios a san José.

El objetivo de esta Carta apostólica es que crezca el amor a este gran santo, para ser impulsados a implorar su intercesión e imitar sus virtudes, como también su resolución.

En efecto, la misión específica de los santos no es sólo la de conceder milagros y gracias, sino la de interceder por nosotros ante Dios, como hicieron Abrahán [26] y Moisés [27], como hace Jesús, «único mediador» (*1 Tm* 2,5), que es nuestro «abogado» ante Dios Padre (*1 Jn* 2,1), «ya que vive eternamente para interceder por nosotros» (*Hb* 7,25; cf. *Rm* 8,34).

Los santos ayudan a todos los fieles «a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad» [28]. Su vida es una prueba concreta de que es posible vivir el Evangelio.

Jesús dijo: «Aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón» (*Mt* 11,29), y ellos a su vez son ejemplos de vida a imitar. San Pablo exhortó explícitamente: «Vivan como imitadores míos» (*1 Co* 4,16) [29]. San José lo dijo a través de su elocuente silencio.

Ante el ejemplo de tantos santos y santas, san Agustín se preguntó: «¿No podrás tú lo que éstos y éstas?». Y así llegó a la conversión definitiva exclamando: «¡Tarde te amé, belleza tan antigua y tan nueva!» [30].

No queda más que implorar a san José la gracia de las gracias: nuestra conversión. A él dirigamos nuestra oración:

*Salve, custodio del Redentor  
y esposo de la Virgen María.  
A ti Dios confió a su Hijo,  
en ti María depositó su confianza,  
contigo Cristo se forjó como hombre.  
Oh, bienaventurado José,  
muéstrate padre también a nosotros  
y guíanos en el camino de la vida.  
Concédenos gracia, misericordia y valentía,  
y defiéndenos de todo mal. Amén.*

*Roma, en San Juan de Letrán, 8 de diciembre, Solemnidad de la Inmaculada Concepción de la Bienaventurada Virgen María, del año 2020, octavo de mi pontificado.*

**Francisco**

[1] *Lc 4,22; Jn 6,42; cf. Mt 13,55; Mc 6,3.*

[2] S. Rituum Congreg., *Quemadmodum Deus* (8 diciembre 1870): ASS 6 (1870-71), 194.

[3] Cf. *Discurso a las Asociaciones cristianas de Trabajadores italianos con motivo de la Solemnidad de san José obrero* (1 mayo 1955): AAS 47 (1955), 406.

[4] Exhort. ap. *Redemptoris custos* (15 agosto 1989): AAS 82 (1990), 5-34.

[5] *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1014.

[6] *Meditación en tiempos de pandemia* (27 marzo 2020): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (3 abril 2020), p. 3.

[7] *In Matth. Hom*, V, 3: PG 57, 58.

[8] *Homilía* (19 marzo 1966): *Insegnamenti di Paolo VI*, IV (1966), 110.

[9] Cf. *Libro de la vida*, 6, 6-8.

[10] Todos los días, durante más de cuarenta años, después de Laudes, recito una oración a san José tomada de un libro de devociones francés del siglo XIX, de la Congregación de las Religiosas de Jesús y María, que expresa devoción, confianza y un cierto reto a san José: «Glorioso patriarca san José, cuyo poder sabe hacer posibles las cosas imposibles, ven en mi ayuda en estos momentos de angustia y dificultad. Toma bajo tu protección las situaciones tan graves y difíciles que te confío, para que tengan una buena solución. Mi amado Padre, toda mi confianza está puesta en ti. Que

no se diga que te haya invocado en vano y, como puedes hacer todo con Jesús y María, muéstrame que tu bondad es tan grande como tu poder. Amén».

[11] Cf. *Dt* 4,31; *Sal* 69,17; 78,38; 86,5; 111,4; 116,5; *Jr* 31,20.

[12] Cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium* (24 noviembre 2013), 88, 288: AAS 105 (2013), 1057, 1136-1137.

[13] Cf. *Gn* 20,3; 28,12; 31,11.24; 40,8; 41,1-32; *Nm* 12,6; *1 Sam* 3,3-10; *Dn* 2; 4; *Jb* 33,15.

[14] En estos casos estaba prevista la lapidación (cf. *Dt* 22,20-21).

[15] Cf. *Lv* 12,1-8; *Ex* 13,2.

[16] Cf. *Mt* 26,39; *Mc* 14,36; *Lc* 22,42.

[17] S. Juan Pablo II, Exhort. ap. *Redemptoris custos* (15 agosto 1989), 8: AAS 82 (1990), 14.

[18] *Homilía en la Santa Misa con beatificaciones*, Villavicencio - Colombia (8 septiembre 2017): AAS 109 (2017), 1061.

[19] *Enchiridion de fide, spe et caritate*, 3.11: PL 40, 236.

[20] Cf. *Dt* 10,19; *Ex* 22,20-22; *Lc* 10,29-37.

[21] Cf. S. Rituum Congreg., *Quemadmodum Deus* (8 diciembre 1870): ASS 6 (1870-71), 193; B. Pío IX, Carta ap. *Inclytum Patriarcham* (7 julio 1871): l.c., 324-327.

[22] Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, 58.

[23] Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 963-970.

[24] Edición original: *Cień Ojca*, Varsovia 1977.

[25] Cf. S. Juan Pablo II, Exhort. ap. *Redemptoris custos*, 7-8: AAS 82 (1990), 12-16.

[26] Cf. *Gn* 18,23-32.

[27] Cf. *Ex* 17,8-13; 32,30-35.

[28] Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, 42.

[29] Cf. *1 Co* 11,1; *Flp* 3,17; *1 Ts* 1,6.

[30] *Confesiones*, 8, 11, 27: *PL* 32, 761; 10, 27, 38: *PL* 32, 795.

## **Notas sobre el culto a san José en la historia**

Nos transmite el evangelista san Juan que Jesucristo anunció en la Última Cena a sus discípulos el envío de un “Paráclito” -un “consolador”, “intercesor”, “abogado”- y que a este respecto les advirtió: “cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa” (Jn 16,13). Y, en efecto, el Espíritu Santo, Consolador de los apóstoles y de la Iglesia, no sólo sigue inspirando la predicación del Evangelio de salvación, sino que también ayuda a la Iglesia a comprender el justo significado del mensaje de Cristo y la conduce en su itinerario de profundización en el misterio que encierra la persona y la misión del Hijo de Dios hecho hombre. De este modo, la Iglesia profesa en cada generación “la fe en la verdadera encarnación del Hijo de Dios [que] es el signo distintivo de la fe cristiana” (Catecismo, 463). Entre las corrientes que este Espíritu divino ha ido despertando en el Pueblo de Dios a lo largo de la historia brilla con luz propia la devoción a san José.

Los escasos datos que sobre él proporcionan los evangelios, así como el hecho de la concepción virginal de Jesús y el resplandor de Jesús y la Virgen María le dejaron durante siglos en un segundo plano. Hay que esperar a los tiempos medievales para asistir al progresivo desarrollo de la devoción a san José, que irrumpe en la piedad de la Edad Moderna de la mano de santa Teresa de Jesús.

Durante la Edad Media, con san Bernardo, san Francisco de Asís, san Antonio de Padua, Sixto IV (papa franciscano que introdujo a san José en el Breviario y fijó su primera fiesta litúrgica), san Bernardino de Siena, el cardenal Cisneros o Ubertino de Casale y otros muchos, se ha ido preparando un gran amanecer que, siguiendo entre 1560-1660 la cadena ininterrumpida de santa Teresa de Jesús, san Francisco de Sales, Jean-Jacques Olier y san Juan Eudes, culmina en el beato Pío IX y santa Bernadette. Cuando en el tránsito de la Edad Media a la Edad Moderna se inicia la espléndida manifestación de la gloria de José algunos autores van marcando el progreso doctrinal, de Juan Gerson a san Bernardino de Siena... Teresa de Jesús nos descubre al Niño Jesús, a María y a José como seres con los que se puede hablar familiarmente, que responden, que se interesan por

nuestras cosas, por mínimas que sean. Santa Teresa reconocía en José el *maestro de oración*, pues Él dirigía la oración de la Sagrada Familia de Nazaret. José ha sido el pasaje hacia el Padre, misteriosamente establecido por Dios, a disposición de María y de Jesús mismo. “No me acuerdo hasta ahora haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer” y a Él consagró su primera casa, San José de Ávila, una empresa humanamente imposible. San Juan Pablo II la reconoce “promotora de la renovación del culto a san José en la cristiandad occidental” (*Redemptoris Custos*, 1989, 25).

Un destacado cultivador de la teología de san José vaticinó, hace ya casi medio milenio, que el fundamentado culto al bendito Patriarca recibiría, en el futuro, un poderoso impulso expansivo. He aquí las proféticas palabras del benemérito dominico Isidoro de Isolano en el primer tratado teológico sistemático sobre san José: “El Espíritu Santo no cesará de mover los corazones de los fieles hasta que por todo el imperio de la Iglesia militante se ensalce al divino José con nueva y creciente veneración (...). Se establecerá en su honor una fiesta singular y extraordinaria. El Papa, movido por el Espíritu Santo, mandará que la fiesta del Padre putativo de Cristo, Esposo de la Reina del mundo y varón santísimo se celebre hasta el último confín de la Iglesia” (*Summa de donis sancti Joseph*, Roma 1522).

A partir del siglo XVII las religiosas carmelitas primero y los frailes descalzos después mueven a los cristianos a dar a sus hijos el nombre de José, tan frecuente entre nosotros. Superado el malentendido de verle como un “consorte” marginal y desdeñable respecto de María, se llega a comprender que con ella e inseparablemente de ella José tiene una misión en la Encarnación redentora. Durante el siglo XVII se abre camino la idea de que la Sagrada Familia es la Trinidad presente en la tierra, el camino de la acción salvífica de Dios hacia la humanidad. Desde 1621 su fiesta está ya en el calendario litúrgico como obligatoria, con Oficio y Misa propios desde 1714. En 1726 su nombre está en las letanías de los Santos. En el pontificado del beato Pío IX se inicia definitivamente la época de la gloria de José. Se eleva la categoría litúrgica de la fiesta, se le proclama patrono de la Iglesia universal, a petición de numerosos obispos. Todos los papas que siguieron al beato Pío IX realizaron con

sus palabras y sus actos el progreso iniciado entonces. De la aprobación de la fiesta de la Sagrada Familia se llega coherentemente a que pueda afirmarse por san Pablo VI que así como por Adán y Eva, los padres del género humano, entró en éste el pecado, por José y María ha entrado la gracia de Dios. Ya León XIII había afirmado que la Iglesia nace por providencia de Dios de la familia de Nazaret, a la que san Juan Pablo II ha podido llamar la “primera Iglesia doméstica”, la Iglesia doméstica originaria de la Iglesia universal. Pío XI había afirmado acerca de san José su “omnipotencia suplicante”, su cercanía a Dios, sin tener por encima de él a nadie más que a María su esposa, ratificando la primacía del patriarca en la dignidad de su misión y en la santidad con que la sirvió por encima de todos los ángeles y de todos los santos, de los antiguos patriarcas y profetas, del precursor del Señor, el mayor de los santos del Antiguo Testamento y el más grande profeta, por encima de los sumos pontífices y de los mártires, de los santos doctores y de los patriarcas de la vida religiosa. San Juan XXIII sintió personalmente y expresó en su pastoral pontificia el grandioso misterio de la primacía de quien tuvo la mayor cercanía a la Encarnación redentora en el ocultamiento cotidiano de la vida doméstica, en la solicitud paterna sobre Jesús niño que, sometido a sus padres, “crecía en edad, en sabiduría y en gracia”.

El primer paso en orden a la dignidad excelsa de san José ha sido el considerarlo el “esposo de María”, para resaltar el nacimiento virginal, pero un paso ulterior nos hace ver su papel propio en relación con el Hombre-Dios que es Jesús y no sólo ni exclusivamente en relación con María. Si no se da este segundo paso el mismo matrimonio de José con María es puesto en cuestión, es colocado en un plano sólo legal y no de verdadero matrimonio. La función de José, esposo de María, es de la mayor relevancia en el plano de Dios. José no sólo “hizo de” padre sino que “fue” verdaderamente el padre de Jesús en el orden del plan de salvación y de cumplimiento de las promesas.

- 8-V-1621: Decreto (Congregación de Ritos) que manda celebrar la solemnidad de san José en todo el mundo católico (la fiesta había sido puesta en el Breviario y el Misal por Sixto IV y elevada de categoría litúrgica por Inocencio VIII).

- 4-II-1714: Decreto (Congregación de Ritos) con la concesión de Misa y Oficio propios en la festividad de san José.

- 19-XII-1726: Decreto (Congregación de Ritos) con la inclusión de san José en las Letanías de los santos, detrás de san Juan Bautista.

- 10-XII-1847: Decreto (Congregación de Ritos) *Inclutus Patriarca Joseph* por el que Pío IX extiende a toda la Iglesia la fiesta del Patrocinio de San José (domingo III después de Pascua), que se había establecido en 1680 en los medios carmelitanos españoles e italianos.

- 8-XII-1870: con ocasión del Concilio Vaticano I, acogiendo con gozo la petición de numerosos obispos, que solicitaban que fuese invocado como Patrono de estas solemnes sesiones, Pío IX lo proclama Patrono de la Iglesia (“Protector Universalis Ecclesiae”) y elevó la fiesta del 19 de marzo a rito doble de primera clase (decreto *Quemadmodum Deus*).

- 7-VII-1871: Carta apostólica *Inclutum Patriarcham* en la que se establecen los ritos para la festividad del Patrocinio de san José.

- 15-VIII-1889: Encíclica *Quamquam pluries*, la única sobre el culto a san José y a la Sagrada Familia: León XIII confirma con su autoridad algo que reconocía había sido un punto de doctrina y espiritualidad en que los fieles se habían adelantado a los pastores de la Iglesia. De aquí arranca la conocida oración “A ti, bienaventurado san José...”, prescrita para ser recitada en el mes de octubre.

- 14-VI-1892: Breve *Neminem fugit* por el que se proclama a san José como Patrono de los obreros y de los padres de familia.



- 18-III-1909: Decreto de la Congregación de Ritos con la aprobación y concesión de indulgencias a las Letanías de san José.

- 25-VII-1920: Breve (motu proprio) *Bonum sane* de Benedicto XV en el 50º aniversario de la proclamación de san José como Patrono de la Iglesia.

- 19-III-1937: Pío XI puso la Iglesia bajo la protección de san José para que la defendiera de los ataques del ateísmo comunista (encíclica *Divini Redemptoris*).

- 1-V-1955: Discurso de Pío XII a las Asociaciones Cristianas de Trabajadores Italianos, en el que anuncia la institución de la fiesta litúrgica de san José Obrero, que viene a suprimir la del miércoles de la segunda semana de Pascua. La fiesta tradicional del 19 de marzo pasa a ser la fecha más solemne y definitiva del Patrocinio de san José sobre la Iglesia.

- 19-III-1961: Carta apostólica *Le voci*, por la que san Juan XXIII dispone que el altar de san José en la Basílica de San Pedro fuese considerado como el lugar propio de su presencia protectora de la Iglesia y del Concilio Vaticano II. Recordando lo hecho por Pío XI invocó de nuevo a san José como “poderoso amparo en la defensa contra los esfuerzos del ateísmo mundial que tiende a la destrucción de las naciones cristianas”.

- 6-I-1962: “¿Quién puede mejor que un sacerdote entrar en familiaridad con san José, a quien fue dado no sólo ver y oír a Dios, sino llevarlo en sus brazos, besarlo, vestirlo y protegerlo?” (Exhortación apostólica al clero de todo el mundo).

- 9-III-1962: anima a renovar la práctica del mes de marzo en honor de san José y recomienda la plegaria que compuso León XIII.

- 13-XI-1962: Decreto *Novis hisce temporibus* de la Congregación de Ritos por el que se añade en el canon de la Misa el nombre de José, después del de la santísima Virgen y antes del de los apóstoles, de los

sumos pontífices y de los mártires. Esta norma entró en vigor a partir de la fiesta de la Inmaculada del mismo año.

- 7-XII-1962: En el discurso de clausura de la primera sesión del Concilio Vaticano II, en las palabras finales de despedida y bendición, san Juan XXIII hablaba así a los Padres conciliares: “Esté con nosotros siempre la Virgen Inmaculada. Que su castísimo esposo José, patrono del Concilio Ecuménico, cuyo nombre brilla desde hoy en el canon de la Misa en todo el mundo, nos acompañe en el viaje, como acompañó a la Sagrada Familia, con su ayuda querida por Dios”.

- 29-VI-1954: En su testamento espiritual san Juan XXIII llama a san José “mi protector primero y preferido”, después de Jesús y de María.

- 15-VIII-1989: “Considero que si la Iglesia volviere de nuevo a reflexionar sobre la participación del Esposo de María en el misterio divino, podría encontrar continuamente su identidad en el ámbito del designio redentor, que tiene su fundamento en el misterio de la Encarnación. José de Nazaret participó de este misterio como ninguna otra persona, excepto María, la Madre del Verbo Encarnado. Participó en este misterio junto con ella, comprometido en la realidad del mismo hecho salvífico, depositario del mismo amor” (san Juan Pablo II, *Redemptoris Custos*, en el centenario de la *Quamquam pluries*).

- 1-V-2013: a través de un Decreto de la Congregación para el Culto y la Disciplina de los Sacramentos, el Papa Francisco dispone añadir el nombre de san José en las plegarias eucarísticas II, III y IV del Misal Romano.

- 8-XII-2020: carta apostólica *Patris corde* del Papa Francisco en el 150 aniversario de la declaración de san José como patrono de la Iglesia universal.

**Decreto de concesión del don de indulgencias  
especiales con ocasión del Año de San José,  
convocado por el Papa Francisco para celebrar  
el 150 aniversario de la proclamación de  
san José como Patrono de la Iglesia universal  
8 de diciembre de 2020**

**DECRETO**

Se concede el don de indulgencias especiales con ocasión del Año de San José, convocado por el Papa Francisco para celebrar el 150 aniversario de la proclamación de san José como patrono de la Iglesia universal.

Hoy se cumple el 150 aniversario del decreto *Quemadmodum Deus*, por el cual el beato Pío IX, conmovido por las graves y luctuosas circunstancias en las que se encontraba una Iglesia acosada por la hostilidad de los hombres, declaró a san José Patrono de la Iglesia Católica.

Para perpetuar la dedicación de toda la Iglesia al poderoso patrocinio del Custodio de Jesús, el Papa Francisco ha establecido que, desde hoy, el aniversario del decreto de proclamación así como el día consagrado a la Virgen Inmaculada y esposa del casto José, hasta el 8 de diciembre de 2021, se celebre un Año especial de San José, en el que cada fiel, siguiendo su ejemplo, pueda fortalecer diariamente su vida de fe en el pleno cumplimiento de la voluntad de Dios.

Todos los fieles tendrán así la oportunidad de comprometerse, con oraciones y buenas obras, para obtener, con la ayuda de san José, cabeza de la celestial Familia de Nazaret, consuelo y alivio de las graves tribulaciones humanas y sociales que afligen al mundo contemporáneo.

La devoción al Custodio del Redentor se ha desarrollado ampliamente a lo largo de la historia de la Iglesia, que no sólo le atribuye uno de los cultos más altos después del de la Madre de Dios su esposa, sino que también le ha otorgado muchos patrocinios.

El Magisterio de la Iglesia sigue descubriendo grandezas antiguas y nuevas en este tesoro que es san José, como el padre del

Evangelio de Mateo "que extrae de su tesoro cosas nuevas y viejas" (Mt 13, 52).

De gran beneficio para la perfecta consecución del fin que se persigue será el don de las Indulgencias que la Penitenciaría Apostólica, por medio del presente decreto emitido de acuerdo con la voluntad del Papa Francisco, concede benévolamente durante el Año de san José.

La indulgencia plenaria se concede en las condiciones habituales (confesión sacramental, comunión eucarística y oración según las intenciones del Santo Padre) a los fieles que, con espíritu desprendido de cualquier pecado, participen en el Año de san José en las ocasiones y en el modo indicado por esta Penitenciaría Apostólica.

-a. San José, auténtico hombre de fe, nos invita a redescubrir nuestra relación filial con el Padre, a renovar nuestra fidelidad a la oración, a escuchar y responder con profundo discernimiento a la voluntad de Dios. La Indulgencia plenaria se concede a aquellos que mediten durante al menos 30 minutos en el rezo del Padre Nuestro, o que participen en un retiro espiritual de al menos un día que incluya una meditación sobre san José;

-b. El Evangelio atribuye a san José el título de "hombre justo" (cf. Mt 1,19): él, guardián del "íntimo secreto que se halla en el fondo del corazón y del alma" (1) depositario del misterio de Dios y, por tanto, patrono ideal del foro interior, nos impulsa a redescubrir el valor del silencio, de la prudencia y de la lealtad en el cumplimiento de nuestros deberes. La virtud de la justicia practicada de manera ejemplar por José es la plena adhesión a la ley divina, que es la ley de la misericordia, "porque es precisamente la misericordia de Dios que lleva a cumplimiento la verdadera justicia"(2). Por lo tanto, aquellos que, siguiendo el ejemplo de san José, realicen una obra de misericordia corporal o espiritual, también podrán lograr el don de la Indulgencia plenaria;

-c. El aspecto principal de la vocación de José fue ser custodio de la Sagrada Familia de Nazaret, esposo de la santísima Virgen María y padre legal de Jesús. Para que todas las familias cristianas sean estimuladas a recrear el mismo clima de íntima comunión, amor y

oración que se vivía en la Sagrada Familia, se concede la Indulgencia Plenaria por el rezo del santo Rosario en las familias y entre los novios.

-d. El 1 de mayo de 1955, el Siervo de Dios Pío XII instituyó la fiesta de San José obrero, "con la intención de que todos reconozcan la dignidad del trabajo y que ella inspire la vida social y las leyes fundadas sobre la equitativa repartición de derechos y de deberes" 3). Podrá, por lo tanto, conseguir la indulgencia plenaria todo aquel que confíe diariamente su trabajo a la protección de san José y a todo creyente que invoque con sus oraciones la intercesión del obrero de Nazaret, para que los que buscan trabajo lo encuentren y el trabajo de todos sea más digno.

-e. La huida de la Sagrada Familia a Egipto "nos muestra que Dios está allí donde el hombre está en peligro, allí donde el hombre sufre, allí donde huye, donde experimenta el rechazo y el abandono" (4). Se concede la indulgencia plenaria a los fieles que recen la letanía de San José (para la tradición latina), o el Akáthistos a San José, en su totalidad o al menos una parte de ella (para la tradición bizantina), o alguna otra oración a san José, propia de las otras tradiciones litúrgicas, en favor de la Iglesia perseguida *ad intra* y *ad extra* y para el alivio de todos los cristianos que sufren toda forma de persecución.

Santa Teresa de Ávila reconoció en san José al protector de todas las circunstancias de la vida: "A otros parece les dio el Señor gracia para socorrer en una necesidad; a este glorioso santo tengo experiencia que socorre en todas" (5). Más recientemente, san Juan Pablo II reiteró que la figura de san José adquiere "una renovada actualidad para la Iglesia de nuestro tiempo, en relación con el nuevo milenio cristiano" (6).

Con el fin de reafirmar la universalidad del patrocinio de la Iglesia por parte de san José, además de las ocasiones mencionadas, la Penitenciaría Apostólica concede una indulgencia plenaria a los fieles que recen cualquier oración o acto de piedad legítimamente aprobado en honor de san José, por ejemplo "A ti", oh bienaventurado José", especialmente el 19 de marzo y el 1 de mayo, fiesta de la Sagrada Familia de Jesús, María y José, el domingo de san José

(según la tradición bizantina), el 19 de cada mes y cada miércoles, día dedicado a la memoria del santo según la tradición latina.

En el actual contexto de emergencia sanitaria, el don de la indulgencia plenaria se extiende particularmente a los ancianos, los enfermos, los moribundos y todos aquellos que por razones legítimas no pueden salir de su casa, los cuales, con el ánimo desprendido de cualquier pecado y con la intención de cumplir, tan pronto como sea posible, las tres condiciones habituales, en su propia casa o dondequiera que el impedimento les retenga, recen un acto de piedad en honor de san José, consuelo de los enfermos y patrono de la buena muerte, ofreciendo con confianza a Dios los dolores y las dificultades de su vida.

Para que el logro de la gracia divina a través del poder de las Llaves sea facilitado pastoralmente, esta Penitenciaria ruega encarecidamente que todos los sacerdotes con las facultades apropiadas se ofrezcan con un ánimo dispuesto y generoso a la celebración del sacramento de la Penitencia y administren a menudo la Sagrada Comunión a los enfermos.

Este decreto es válido para el Año de San José, no obstante cualquier disposición en contrario.

Dado en Roma, por la Sede de la Penitenciaria Apostólica, el 8 de diciembre de 2020.

Mauro Card. Piacenza  
Penitenciario Mayor

## Te Ioseph (Himno de Vísperas)

Te Ioseph celebrent agmina cœlitum,  
te cuncti resonent christianum chori,  
qui, clarus meritis, iunctus es inclytæ,  
casto fœdere, Virgini.

Almo cum tumidam germine coniugem  
admirans, dubio tangeris anxius,  
afflatu superi Flaminis Angelus  
conceptum puerum docet.

Tu natum Dominum stringis; ad exteras  
Ægypti profugum tu sequeris plagas;  
amissum Solymis quæris, et invenis,  
miscens gaudia fletibus.

Post mortem reliquos mors pia consecrat,  
palmamque emeritos gloria suscipit:  
tu vivens, superis par, frueris Deo,  
mira sorte beatior.

Nobis, summa Trias, parce precantibus,  
da Ioseph meritis, sidera scandere;  
ut tandem liceat nos tibi perpetim  
gratum promere canticum.

Amen.

Que te alaben los célicos ejércitos  
y que te canten los cristianos coros,  
oh preclaro José, que fuiste dado  
a la Virgen en casto matrimonio.

Al advertir su gravidez te asombras,  
y la duda te angustia en lo más íntimo,  
pero un Ángel del cielo te revela  
que el niño concebido es del Espíritu.

Tú estrechas al Señor en cuanto nace;  
después huyes con Él a tierra egipcia;  
luego en Jerusalén notas su falta,  
y al encontrarlo lloras de alegría.

Más feliz que los otros elegidos,  
que sólo ven a Dios después de muertos,

tú, por un misterioso privilegio,  
desde esta misma vida puedes verlo.

Por este santo, Trinidad Santísima,  
déjanos escalar el cielo santo,  
y nuestra gratitud te mostraremos  
con el fervor de un sempiterno canto.

Amén.

## **Oración al glorioso patriarca san José, Patrono de la Iglesia (León XIII)**

A Vos, bienaventurado san José, acudimos en nuestra tribulación y después de implorar el auxilio de vuestra santísima Esposa, solicitamos también confiadamente vuestro patrocinio.

Con aquella caridad que con la Inmaculada Virgen María, Madre de Dios, os tuvo unido y por el paternal amor con que abrazasteis al Niño Jesús, humildemente os suplicamos que volváis benigno los ojos a la herencia que con su sangre adquirió Jesucristo y con vuestro poder y auxilio socorráis nuestras necesidades.

Proteged, oh providentísimo custodio de la Sagrada Familia, a la escogida descendencia de Jesucristo; apartad de nosotros toda mancha de error y de corrupción; asistidnos propicio desde el cielo, fortísimo libertador nuestro, en esta lucha con el poder de las tinieblas; y como en otro tiempo librasteis al Niño Jesús del inminente peligro de la vida, así ahora defended a la Iglesia santa de Dios de las asechanzas de sus enemigos y de toda adversidad, y a cada uno de nosotros protegednos con perpetuo patrocinio, para que, a ejemplo vuestro, y sostenidos por vuestro auxilio, podamos santamente vivir, piadosamente morir y alcanzar en los cielos la eterna bienaventuranza. Amén.

## **Oraciones para pedir la intercesión de san José**

Oh, José, custodio amante de Jesús y de María, enséñame a vivir siempre en tan dulce compañía; sé mi maestro y mi guía en la vida de oración; dame paciencia, alegría y humildad de corazón. No me falte



en este día tu amorosa protección ni en mi última agonía tu piadosa intercesión.

Custodio y padre de vírgenes san José, a cuya fiel custodia fueron encomendadas la misma inocencia, Cristo Jesús, y la Virgen de las vírgenes, María. Por estas dos queridísimas prendas, Jesús y María, te ruego y te suplico me alcances que, preservado de toda impureza, sirva siempre con alma limpia, corazón puro y cuerpo casto a Jesús y a María. Amén.

Glorioso patriarca san José, cuyo poder sabe hacer posibles las cosas imposibles, ven en mi ayuda en estos momentos de angustia y dificultad. Toma bajo tu protección las situaciones tan graves y difíciles que te confío, para que tengan una buena solución. Mi amado Padre, toda mi confianza está puesta en ti. Que no se diga que te haya invocado en vano y, como puedes hacer todo con Jesús y María, muéstrame que tu bondad es tan grande como tu poder. Amén

Salve, custodio del Redentor y esposo de la Virgen María. A ti Dios confió a su Hijo, en ti María depositó su confianza, contigo Cristo se forjó como hombre. Oh, bienaventurado José, muéstrate padre también a nosotros y guíanos en el camino de la vida. Concédenos gracia, misericordia y valentía, y defiéndenos de todo mal. Amén.

## **Letanías de san José**

Señor, ten misericordia de nosotros.

Cristo, ten misericordia de nosotros.

Señor, ten misericordia de nosotros.

Cristo óyenos.

Cristo escúchanos.

Dios Padre celestial, ten misericordia de nosotros.

Dios Hijo, Redentor del mundo

Dios Espíritu Santo

Trinidad Santa, un solo Dios

Santa María, ruega por nosotros.

San José, ruega por nosotros.  
Ilustre descendiente de David  
Luz de los Patriarcas  
Esposo de la Madre de Dios  
Casto guardián de la Virgen  
Padre nutricio del Hijo de Dios  
Celoso defensor de Cristo  
Jefe de la Sagrada Familia  
José, justísimo  
José, castísimo  
José, prudentísimo  
José, valentísimo  
José, fidelísimo  
Espejo de paciencia  
Amante de la pobreza  
Modelo de trabajadores  
Gloria de la vida doméstica  
Custodio de vírgenes  
Sostén de las familias  
Consuelo de los desgraciados  
Esperanza de los enfermos  
Patrón de los moribundos  
Terror de los demonios  
Protector de la Santa Iglesia

Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, perdónanos, Señor.

Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, escúchanos, Señor.

Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, ten misericordia de nosotros.

Ÿ. Lo estableció señor de su casa.

℞. Y jefe de toda su hacienda.

Oremos: Oh Dios, que en tu inefable providencia, te dignaste elegir a san José por Esposo de tu santísima Madre: concédenos, te rogamos, que merezcamos tener por intercesor en el cielo al que

veneramos como protector en la tierra. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén

## **Akáthistos a san José**

¡Oh santo y justo José! Durante tu vida terrenal tuviste gran audacia ante el Hijo de Dios, que se complació en llamarte su padre, pues te desposaste con su Madre, y te obedeció. Creemos que ahora, habitando con los coros de los justos en las moradas celestiales, serás escuchado en cualquier súplica que hagas a nuestro Dios y Salvador.

Por eso, acogiéndonos a tu protección y ayuda, te suplicamos humildemente que, así como fuiste liberado de la tormenta de los pensamientos dudosos, nos libres también a los que somos acosados por las tormentosas olas de nuestros problemas y pasiones. Así como protegiste de las calumnias humanas a la Inmaculada Virgen, protégenos también a nosotros de todo falso testimonio. Así como protegiste al Señor de toda intención maligna y dañina, protege también a su Iglesia y a todos nosotros de toda maldad y perjuicio.

Tú sabes, oh santo de Dios, que el Hijo de Dios también tuvo necesidad de cosas corporales en los días de su encarnación, y tú le serviste. Por eso te suplicamos que nos ayudes en nuestras necesidades temporales por tu intercesión. Concédenos todos los bienes necesarios en esta vida, y asimismo, te pedimos que supliques a Aquel que fue llamado tu Hijo, el Hijo Unigénito de Dios, nuestro Señor Jesucristo, para que nos conceda el perdón de nuestros pecados, para que seamos dignos de heredar el reino del cielo, y para que, recibiendo contigo nuestra morada en lo alto del cielo, podamos siempre glorificar al Dios que es Uno en la Santa Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

## **Dolores y gozos de san José**

1º. Estando desposada su madre María con José, antes de vivir juntos se halló que había concebido en su seno por obra del Espíritu Santo (Mt 1,18). El ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo:

José, hijo de David, no temas recibir a María, tu esposa, pues lo concebido en ella es del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús (Mt 1, 20-21).

2º. Vino a los suyos, y los suyos no lo recibieron (Jn 1,11). Fueron de prisa y encontraron a María, a José y al niño reclinado en el pesebre (Lc 2,16).

3º. Cuando se cumplieron los ocho días para circuncidarlo, le pusieron por nombre Jesús, como lo había llamado el ángel antes de que fuera concebido en el seno materno (Lc 2,21). Dará a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados (Mt 1,21).

4º. Simeón los bendijo y dijo a María, su madre: Mira, éste ha sido puesto... como signo de contradicción... para que se descubran los pensamientos de muchos corazones (Lc 2,34-35). Porque han visto mis ojos tu salvación, la que preparaste ante todos los pueblos; luz para iluminar a las naciones (Lc 2,30-31).

5º. El ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: Levántate, toma al niño y a su madre y huye a Egipto y estate allí hasta que yo te avise, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo (Mt 2,13). Y estuvo allí hasta la muerte de Herodes, para que se cumpliera lo que dice el Señor por el profeta: «De Egipto llamé a mi hijo» (Mt 2,15).

6º. Él se levantó, tomó al niño y a su madre y regresó a la tierra de Israel. Pero al oír que Arquelao reinaba en Judea en lugar de su padre Herodes, temió ir allá (Mt 2,21-22). Y fue a vivir a una ciudad llamada Nazaret, para que se cumpliera lo dicho por los profetas: será llamado Nazareno (Mt 2,23).

7º. Le estuvieron buscando entre los parientes y conocidos y, al no hallarlo, volvieron a Jerusalén en su busca (Lc 2,44-45). Al cabo de tres días lo hallaron en el Templo, sentado en medio de los doctores, escuchándoles y haciéndoles preguntas (Lc 2,46).